

¿Nadie puede decirme?

El anciano —ochenta y pico de años tenía— estaba sentado a mi lado, casi en la cumbre, gozándose del panorama y reflexionando. Comenzó a hablar:

Yo estuve aquí cuando la guerra —la Revolución— hace más de cincuenta años. Allí en ese recodo teníamos el campamento; mil y tantos hombres durmiendo como mejor podían. Brotó una epidemia de sarampión, y murieron unos cuantos muchachos.

La cosa se puso más fea y colocamos un centenar de carpas más abajo en el valle para aislar a los enfermos. Estuve a cargo de una gran sección. Una noche, cumpliendo guardia, pasé frente al catre de un mozo de 17 años.

—Sargento, voy a morir. No estoy bien con Dios. Nadie en casa tiene nada que ver con religión. Nunca me han dado ninguna ayuda. Pero, mire: Estoy recordando esa vez que fui a una escuela bíblica. La señora me parecía cariñosa; recuerdo que ese día ella habló de un tal Nicodemo. Algo así; uno que fue a Jesús una noche y Jesús le dijo que tenía que nacer otra vez.

Fruñí el ceño. Eso no me gustó.

—Pero, Sargento, yo voy a morir. Yo quiero ir a estar con Dios, pero nunca he hecho nada para conocerle a Él. Si ella tenía razón al hablar eso de nacer de nuevo, adentro, entonces yo estoy mal. Sargento, por favor, ¿sabe usted quién sabrá decirme la verdad?

Ahora, yo era agnóstico. No creía en nada; ni Biblia, ni cielo, ni nada. Era un hombre amargado, sabelotodo sin saber nada. Le dije que él era tonto, y me fui. Seguí en la inspección de las carpas y los entierros. Al cabo de una hora me encontré frente al mismo catre. El mozo me suplicó socorrerle, pero casi no respiraba. Se ahogaba.

—Bueno, si quieres busco el médico. Es todo lo que uno puede hacer. Un asistente le dio un poco de alivio. El muchacho se desbordó de gratitud; uno veía que tenía buenas modales. Dio gracias por la atención a su cuerpo, y dijo algo acerca del problema del alma.

En la próxima vuelta yo esperaba encontrarle muerto, pero estaba luchando todavía. Me miró desesperado.

—Bueno, ya está. Acepto que tengo que morir, ¿pero nadie puede decirme si puedo nacer de nuevo antes de irme? ¿Nadie sabe cómo tener la paz con Dios?

—Pues, joven, voy a ver.

Pero enseguida di media vuelta, con un enorme conflicto adentro.



—Mozo, no voy a buscar a nadie. Voy a decirte lo que yo he oído. Primero, te digo: Yo no creo en Dios, ni Biblia, ni infierno. Nada. No lo digo porque lo acepto, sino porque tú quieres. Mi mamá sí creía, y de un todo, viviendo por la fe que esas cosas le daban. De ese Nicodemo yo no me acuerdo, pero tanto me enseñó el versículo Juan 3:16 que me acuerdo todavía. Escucha.

Y comencé; voz baja, porque me daba pena. Pero algo decía que yo tenía que hacerle el favor al joven. Le dije varias veces:

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Me miraba tan intensamente que me daba miedo. Movía sus labios en silencio.

—Repítelo, joven, si quieres. Te lo doy como cosa de Mamá; yo no lo creo, pero ella sí murió feliz y confiada.

Una y otra vez lo dijo él. Decidí procurar decirle otro que me vino a la mente, pero vi que él ya tenía los ojos cerrados. Puso la mano sobre el pecho, y hablaba en voz débil: "... en él cree ... no se pierda ... dio a su Hijo ... en él cree ... vida ..."

Yo estaba incómodo. Quise marcharme, pero pensaba que sería grosero hacerlo. Menos mal que tardé, porque el mozo levantó la voz.

—¡Sargento! Pero es así, es real. Estoy seguro; así se nace de nuevo. Dios dio y me ha aceptado a mí. He aceptado a su Hijo. ¡Es así!

Él no pidió más alivio, ni nada de eso. Con todo, no tuve valor para dejarlo. Y él habló:

—Pero si usted lo sabe, ¿por qué no lo cree? Hombre, le digo: no es cuento. Sé que estoy por morir, pero sé que he nacido de nuevo para vida eterna.

Partió antes de rayar el alba.

Se levantaba el anciano, pero me miró directamente cara a cara.

—Es más, estoy seguro que él había nacido, porque llevo años dando gracias a Dios por haber dado a su Hijo para salvar a este indigno, arrepentido hijo que soy yo, que recibió al Salvador en este mismo valle al final de la Revolución.